

Después de estudiar las instituciones surgidas de la reforma agraria mexicana: el ejido y la pequeña propiedad, la forma en que se indemnizó a los terratenientes nacionales y extranjeros, el autor sugiere, en nueve puntos, una política agraria congruente con nuestro desarrollo económico:

1. Reforma agraria. Completar rápidamente este proceso, propiciar la inversión a largo plazo y liquidar de una vez por todas ese falso concepto romántico que, en su versión más extrema, no repararía en dotar a cada mexicano, antes de su muerte y a perpetuidad, con una parcela de uno por tres metros.

2. Tenencia de la tierra. Tomar las medidas necesarias para facilitar el paso de los usos extensivos de la tierra hacia usos más intensivos.

3. Ocupación y composición de la fuerza de trabajo. Apresurar la transición de las actividades primarias hacia las secundarias y terciarias.

4. Bienestar rural. Llevar a cabo planes estacionales para construir viviendas y escuelas y para dotar de agua potable y servicios urbanos a los centros de población agrícola.

5. Comercio exterior. Utilizar el crédito, los subsidios, las exenciones, la protección arancelaria y la asistencia técnica del Estado para llevar a cabo planes de desarrollo regional orientados hacia el grado más alto de autosuficiencia agrícola compatible con altos niveles de productividad. Utilizar los mismos medios complementados por una agresiva política de ventas, trueques, convenios bilaterales etc., para aumentar la explotación de productos primarios.

6. Preparación de técnicos. Dar un enérgico impulso a la educación técnica en todos sus niveles.

7. Investigación. Dar a la Secretaría de Agricultura los elementos necesarios para obtener los datos sobre el funcionamiento de la estructura agrícola indis-

pensables para la planeación, elaboración de los inventarios de suelos, forestal, etc.

8. Crédito agrícola. Asignar al sector agrícola los recursos financieros necesarios para satisfacer la demanda de crédito y otorgar éste por medio de un sistema descentralizado, ágil, y libre de papeleo innecesario.

9. Extensión agrícola. Reorganizar el sistema nacional de extensión agrícola, ligándolo a las instituciones de alta enseñanza e investigación, para convertirlo realmente en medio eficaz de hacer llegar al agricultor la información necesaria y la instrucción práctica indispensable.

Como apéndices, la obra de Edmundo Flores contiene la Ley agraria de 6 de enero de 1915 y el Artículo 27 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Como una aportación más al conocimiento de la realidad económica de la América Latina, esta obra debe estimarse en su justo valor, y consideramos que no pasará inadvertida para los estudiosos que se interesen en conocer a fondo lo que está ocurriendo en nuestro continente. Ofrece una visión amplia de los principales problemas que aquejan a nuestra América en cuanto se refiere a la situación agrícola, y en relación con nuestro país, apunta soluciones y esclarece hechos de la política agraria que han seguido los regímenes nacidos del movimiento armado, político y social de 1910.

HÉCTOR MENDOZA Y CAAMAÑO

ALFRED SAUVY: *De Malthus a Mao-Tse-Tung*, Editions Denoel, París, 1958.

EN 1948, VOGT, en "El hambre del mundo", afirmó que la erosión de los suelos aunada a la multiplicación de los hombres conducían a la humanidad hacia el hambre. Así, el conflicto planteado por Malthus renacía, sólo que ésta vez a la

escala de los pueblos, ya no de las clases sociales: esta vez, además, ya no era el proletariado —que salía sobrando—, sino los países “subdesarrollados”.

Detrás de estas apasionadas polémicas, hay un problema trágico —y reciente— que no es precisamente la sobrepoblación, ni la miseria, ni el hambre, sino el que el doctor Sauvy, traduce en estos términos:

“Después de un largo período, de cuasi *statu quo*, el número de hombres, en la mayor parte del mundo, ha entrado en una fase de acrecentamiento muy rápido”.

En tanto que en el siglo XIX, la humanidad crecía al ritmo de 0.5% cada año, en 1940 el ritmo va al 1% y, quince años más tarde llega al 1.67%. Estas cifras así insertas parecerán demasiado abstractas, sin embargo, un ejemplo escogido de muchos, podía ser ilustrativo: al ritmo ya viejo —1940— de 1% por año, la población que vivía en el imperio romano sumaría alrededor de 300 trillones de hombres, o sea 120 000 veces la población actual —dos habitantes sobre el globo por metro cuadrado.

Claro que estamos muy lejos de eso, y es que algo ha pasado. El crecimiento efectivo de la humanidad, al correr del tiempo —0.1 a 0.5%— ha sido, en efecto, muy inferior a lo que hubiera sido su crecimiento natural —o sea del 1.5 a 2%.

La lentitud del crecimiento de las poblaciones a través de los siglos tiene su explicación esencial en la fuerte mortalidad que las ha diezmando y que se ha presentado bajo tres formas: las epidemias, las hambres y las guerras.

Así, la mortalidad ha caído de 30 a 20 por 1000, la esperanza de la vida en Ceylán es en la actualidad superior a la de Francia antes de la guerra. La longevidad de los países “subdesarrollados”, que no había experimentado cambios

durante cientos de años, crece de repente en una generación.

Abordemos ahora el punto esencial: ¿En qué medida la progresión actual de las poblaciones asiáticas, latinoamericanas o africanas constituye una preocupación más aguda, que la que produjo la de las poblaciones europeas en el siglo XIX?

Si esta última fue acompañada de un mejoramiento de los niveles de vida, ¿por qué la actual explosión, constituye una amenaza para ese mismo nivel de vida?

Evidentemente los siglos y los países tienen sus contextos propios; en los países “subdesarrollados”, las bocas que piden de comer aumentan más rápido que en aquella vieja Europa de hace 100 años.

Según Sauvy, “la ventaja de las ciencias médico-biológicas, sobre el progreso económico nos ha llevado a esta eutanasia sangrienta: hacer vivir a una persona más tiempo y más mal”.

Por el alargamiento de la vida y el acrecentamiento de los porcentajes de esperanza de vida en la edad adulta, los países “subdesarrollados” en la actualidad, no hacen más que ir alineándose al comportamiento de los países occidentales. Pero, en tanto que, y por el uso de prácticas anticonceptivas o abortivas, estos últimos tienen una natalidad comprendida entre el 15 y el 20%, los países “no evolucionados” han conservado su tradicional natalidad del 40 al 45%, acrecentándola aún, gracias a las mejoras sanitarias (mueren menos madres de familia jóvenes).

Con la actual tasa de crecimiento, los 2800 millones de seres humanos, se verán convertidos en 5700 millones en el año 2000, 31 mil millones en el 2100 y 170 mil millones en un siglo más tarde. Por obra y gracia de la progresión geométrica, los terrícolas acabarán por ser

tan numerosos, al cabo de algunos siglos, que "su peso sobrepasará al del globo terrestre".

La situación actual puede solucionarse de diversas maneras, pero "todas ellas no son, ni igualmente deseables, ni eficaces". Estas soluciones propuestas son cuatro.

1. Vuelta a la mortalidad, voluntaria (por obstaculizaciones al progreso médico sanitario) o involuntaria (hambres, guerras).

2. Emigración a otros cielos.

3. Progreso de la producción de subsistencias que permitan no sólo una alimentación decente, sino un mejor bienestar (solución de tipo económico.)

4. Reducción de la natalidad, suficiente para frenar o detener el crecimiento de la población (solución demográfica.)

Un buen planteamiento no nos detendría a pensar en las dos primeras soluciones. Será, pues, necesario, encararse a la verdadera alternativa: acrecentar las riquezas o disminuir los hombres.

El mejoramiento del nivel de vida favorece la limitación de los nacimientos y en suma la solución económica le da la mano a la solución demográfica. No importándonos cuál sea la eficacia de ésta última, será necesario prever durante una generación una fuerte progresión de la población de los países "subdesarrollados" que requerirán subsistencias, cada vez más crecientes.

Así, el esfuerzo económico es ineludible.

El aumento de población constituye una carga para la colectividad que, antes que nada, debe invertir más y más, (para mantener el nivel de vida en un ritmo constante, se requiere invertir como término medio 4% del producto nacional para corresponder a un acrecentamiento demográfico del 1% anual) y en seguida —y esto es general— consu-

mir mucho más durante todo el tiempo que el suplemento de niños es improductivo. Esta carga, que es más pesada en los países "subdesarrollados" por razón de la elevada natalidad es tolerable, porque los niños van muy pronto al trabajo y además son educados de una manera deficiente; así, un país con un alto porcentaje de fecundidad deberá consagrar, por lo menos, un día de trabajo de cada seis a estas cargas de crecimiento.

Si se requiere elevar el nivel de vida en un 2% anual que es un porcentaje modesto. "se hace necesario economizar aun dentro de la misma miseria".

Para hacerle frente a las inversiones de tipo económico (calculadas en Francia en un 8% del producto nacional) se hace necesario reducir, casi en un décimo, el consumo.

"La prudencia y la equidad, señala Sauvy, deben aconsejarles a las naciones evolucionadas que es necesario ayudar a los otros países a crecer económicamente".

En lo que se refiere a los criterios para dar prioridad ya a la agricultura, ya a la industria, bien a la industria básica o bien a la industria de productos de consumo, dice Sauvy que "ningún dogmatismo, puede aportar soluciones prefabricadas que al mismo tiempo sean válidas, ya que lo único que merece ser tomado en cuenta, es el principio de que "los hombres cuentan más que los capitales".

"El hambre y la miseria subsisten en el mundo «subdesarrollado»". La prueba menos irrefutable de que la solución económica no puede resolver, por ella misma, el problema, reside en el hecho de que, países como la India y China que hasta hace poco rechazaban cualquier idea acerca de la limitación de los nacimientos, utilizan más y más la "solución demográfica".

En China a partir de 1954, los dirigentes han comenzado a plantear en términos más reales el problema:

“Los chinos no son muchos, pero se acrecientan muy rápidamente”. Así, a partir de 1954 y en diez años se intentará reducir la tasa de natalidad a la mitad.

En un principio se recurrió básicamente a los anticonceptivos, después una ley de marzo de 1957, autorizó en ciertos casos la esterilización y el aborto.

“Este giro de la política china, señala la Sauvy, no solamente tiene un interés doctrinario. Si China logra alcanzar sus objetivos para reducir la natalidad, podrá servir, una vez más, puesto que ya lo es por su política de industrialización y de colectivización, de modelo, a los países «subdesarrollados» por su política demográfica. Así el comunismo vendría a resultar el vencedor de un mal social al que no se le daba importancia”.

La atmósfera es otra en Occidente: excepción hecha de Holanda, la sobrepoblación es desconocida; por el contrario, los países “evolucionados” padecen envejecimiento, en el sentido de que las personas de edad avanzada aumentan progresivamente. Francia, que en 1789, contaba con cuatro octogenarios por cada 1,000 habitantes, tiene en la actualidad 18. El factor fundamental lo constituye la disminución de los nacimientos.

Este envejecimiento acrecienta la carga que tolera la población activa. Entre 1957 y 1980, la población activa de Europa Occidental debe aumentar en un 2.5%, la población total de 5.5% y la población inactiva de 5.5%, lo que acrecentará problemas difíciles de repartición entre activos e inactivos.

Así concluye Sauvy: “La humanidad no tiene por qué escoger entre reducir el número de hombres y multiplicar las subsistencias”.

La humanidad está así encaminada a hacer una y otra cosa. Pero es necesario que tenga conciencia del doble riesgo que corre: sofocamiento por un exceso de gente joven y parálisis por exceso de viejos.

“El que la humanidad adquiera conciencia de los verdaderos peligros que la acechan, acabará por reconciliar a Marx y a Malthus, a esos dos hermanos enemigos”.

MIGUEL A. MARÍN G.

J. P. MAYER: *Trayectoria del Pensamiento Político*, con la colaboración de: R. H. S. Crossman, P. Kecskemeti, E. Kohn-Bramstedt, C. J. S. Sprigge. Introducción de R. H. Tawney. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1961.

EN EL PRESENTE libro se nos ofrece una visión panorámica del pensamiento político en Europa y Norteamérica, partiendo desde la idea griega del Estado y la estructura del racionalismo occidental, hasta las últimas proyecciones de Alemania, Italia, Estados Unidos y Rusia.

El libro fue escrito en momentos de crisis: 1939. Estudia la herencia que ha recibido Europa de todos los siglos anteriores al nuestro, y que, debido a la rápida integración que ha sufrido el mundo a partir del siglo pasado, se ha esparcido por todos los ámbitos del planeta. No podemos negar que en una gran parte, el pensamiento político que tuvo a Europa como cuna ha sido la base de donde han partido todas las corrientes que en la actualidad se esfuerzan por salir avantes. Muchas ya han quedado atrás en el desarrollo de los acontecimientos, se han tornado obsoletas, mientras que otras pugnan por in-